

ROSANVALLON, Pierre *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, Gallimard, París 1998, 379 pp.

Es preciso comenzar citando en extenso el último párrafo de este libro para entender la apuesta central: "Se trata de retomar el hilo histórico de las perplejidades, de las interrogaciones y de los titubeos para captar la historia mientras se hace como resultado de una experiencia. Es decir, escribir una historia que podríamos calificar de comprensiva: intelección del pasado e interrogación sobre el presente participan desde esta perspectiva de un mismo desarrollo. Es una historia de las resonancias entre nuestra experiencia y aquella de los hombres y mujeres del pasado. Esta manera de concebir el oficio del historiador conduce a reconsiderar las relaciones entre el trabajo del investigador y la preocupación cívica y política. El conocimiento se convierte en este caso en una de las formas de la acción, y el trabajo del historiador constituye en su contenido mismo una forma de práctica política. La escritura de la historia no se separa más de la acción sino que influye en ella." p. 363.

El interés de Pierre Rosanvallon en realizar una historia de la representación democrática en Francia deriva de la creencia en que los problemas que se plantean ante la crisis de la democracia que vivimos en la actualidad tienen una fuente de comprensión esencial en el análisis histórico de las instituciones y dispositivos que han tratado de darle forma. Crisis que en parte consiste en el desencanto derivado de pensar que nuestras democracias son una encarnación bastarda de un ideal traicionado, desfigurado. Frente a esto Rosanvallon trata de mostrar como el desencanto ya se encuentra en el inicio de la época en que estamos, en las formulaciones revolucionarias que derivan en un sustancialismo que solo puede ser fuente de desengaño.

El trabajo no consiste en una genealogía de la actualidad ni en una yuxtaposición diacrónica de los sucesivos modos de representar que se han puesto en práctica, si no que se trata de abordar el problema de la representación democrática como proceso histórico. Solo entendiendo como se utilizaron en el pasado los instrumentos políticos que son los nuestros, por lo menos nominalmente, podremos definir su invalidez o no para nosotros, porque instrumento y utilización se funden, la puesta en práctica de una idea solo es comprensible si la situamos y al mismo tiempo si entendemos que se produce una dinámica circular que altera la idea inicial. No se trata de entender nuestra actualidad describiendo los contextos en que emergen nuestras ideas si no de entender que "... el campo de los posibles y el repertorio de los remedios están, para nosotros, fuertemente restringidos por el conocimiento que tenemos de esta historia." p. 338. Lo que importa es seguir el proceso en el que los conceptos son reelaborados en el momento en que se ponen en práctica. La historia de las ideas, que es una falsa historia.

A Pierre Rosanvallon le interesa la representación en un sentido específico, en su capacidad de figuración, es decir en su capacidad de producir identidades. Dimensión figuradora que se sitúa entre un principio político, la voluntad general del pueblo articulada a través de la representación y una realidad sociológica; el principio político crea un sujeto colectivo omnipotente, el ciudadano, que la realidad sociológica muestra como impostura, como artifi-

cio jurídico. La eficacia de la figuración depende entonces de su fuerza para reflejar la realidad pero al mismo tiempo ser un instrumento activo de modificación de la misma. La dimensión estrictamente moderna de este problema consiste en que los procedimientos que implica la representación democrática conducen a lo que Rosanvallon llama la "serialización de las voluntades" a través el sufragio universal que es condición de igualdad pero problema de identidad, la igualdad es necesaria para la participación de todos pero la identidad es la condición de una participación real, implicada en la acción política de forma efectiva. Aquí es donde está el origen del desencanto, en la ausencia de la participación real, que contrasta con el horizonte de la democracia directa, objetivo irrenunciable de los herederos de la revolución.

La historia del movimiento obrero en Francia es la historia de esta contradicción, una vez que se alcanza el sufragio universal y con él la participación directa, al menos formalmente, en la política, se plantea la cuestión de una representación separada de los proletarios que los defiendan en cuanto tales. En este caso la solución "técnica" ha sacado la luz el problema de la identidad, ¿cómo participar como individuos, como ciudadanos, si el objetivo es defender unos intereses de clase?. La necesidad de casar el igualitarismo y el universalismo legado por la revolución con la identidad de clase se muestra como imposible (entiendanse todos estos terminos en un sentido no muy estricto). La capacidad figuradora de la democracia se convierte en el elemento central si no para resolver por lo menos para hacer menos conflictiva la contradicción entre el principio político y el sociológico.

La salida de esta aporía, que sigue siendo la nuestra, pasa por analizar conceptos que están en el cruce entre lo social y lo político, conceptos como pueblo, ciudadano, grupo... con los que una sociedad se piensa a si misma. El análisis debe ser histórico, debe describir y analizar el uso real, situado, de los conceptos. La comprensión de un fenómeno no se encontraría tanto en una definición, en la descripción de un contexto determinado en la que estaría ausente la dimensión temporal, y con ello la posibilidad de acción, como en su trayectoria, entendida como proceso siempre problemático. En este sentido este libro es el análisis de cómo la representación ha servido como elemento de puesta en forma política de lo social, cómo se ha articulado la creación de identidades a través de la política. Para ello Rosanvallon evita lo que desde mi punto de vista sería nefasto, estructurar el libro a través de la relación diferencial entre el concepto político y la realidad social, entendiendo el primero como el elemento que da forma y la segunda como la materia que se trabaja; "Poner en cuestión el sujeto político (el pueblo) en cuanto tal, y no la distancia entre el y la realidad social" p. 19. El pueblo no es algo que preexiste, es algo a construir, el proceso de su construcción desde la política es el tema del libro. Las identidades son definidas no como posiciones si no como recorridos históricos, historias comunes que aparecen en lo político, que se articulan a su alrededor.

Si algo deja claro P. Rosanvallon es la necesidad de pensar la política en su autonomía, posiblemente se le reprochará olvidar la dimensión estrictamente social, la que en efecto en cuanto tal está ausente del libro, pero en este reproche subyace la idea de la reducción de la política a lo social, pero precisamente de lo que se trataría sería de revelar su eficacia, su potencia configuradora. Que una sociedad democrática permanezca unida depende en gran

medida de la creación de identidades compartidas elaboradas, y no solo heredadas, sobre una base de igualdad, creación que tiene precisamente como campo la política. Esto no implica negar la presencia en la política de otras dimensiones, ni mucho menos, si no entender que diferentes modalidades políticas y no políticas de la representación (el bello análisis sobre la representación poética), procesos de conocimiento de la sociedad, intereses económicos de clase etc... se entrelazan en un espacio de composición común, precisamente político.

La pretensión fundamental que recorre *Le Peuple introuvable* es la negativa a aceptar todo sustancialismo que limite a priori las posibilidades de pensar democracia y en paralelo que acote de manera restrictiva la investigación histórica. Se puede establecer un paralelismo entre el análisis que hace Rosanvallon de la idea de pueblo que subyace a las diversas formas de representación, con el trabajo que hace François Furet con la idea de revolución o la idea comunista, se trataría de ver cómo han sido pensadas y "vividas" para mejor pensarlas nosotros, no trabajar sobre una idea definida desde siempre si no entenderla como la decantación de un proceso que continua. El esencialismo falsea el trabajo histórico al atarlo a categorías transhistóricas y limita la acción política, al legar una herencia de supuestos principios irrenunciables, demasiado pesada para poder actuar.

CARLOS OTERO
prohistoria